

El Vértigo Civilizatorio y La Clínica Actual

Marcelo Viñar

Asociación Psicoanalítica del Uruguay

El autor reflexiona sobre los grandes cambios de la cultura en esta época llamada posmoderna y muy especialmente sobre las consecuencias de lo que denomina “vértigo civilizatorio” donde el ritmo de las experiencias y la instantaneidad de la información –consecuencias de la revolución informática–, alteran el tiempo vivencial. Plantea que en muchas áreas de las sociedades actuales la tradición y la autoridad dejan de operar como referentes en la construcción del sujeto, lo que permitiría hablar de un estallido de la temporalidad historizante, y de una dificultad para la subjetivación. Se pregunta por el efecto que esto tiene en la mente de los sujetos y muy especialmente en nuestra clínica.

Recalca la importancia de los otros significantes y de los grupos trans subjetivos, inclusive su uso en la atención primaria. Enfrenta el modelo clínico clásico centrado en el conflicto psíquico y la causalidad fantasmática de un inconsciente atemporal con aquel necesario para trabajar con los sufrimientos o patologías actuales resultantes del aplanamiento del espacio mental, de esa pérdida de la capacidad simbólica que origina dificultades en la constitución de la subjetividad. Se valora especialmente el trabajo interdisciplinario del psicoanálisis con las ciencias sociales y se refiere a una muy interesante experiencia social uruguaya: “Grupo de palabra”.

*^ΨEl vértigo civilizatorio y la clínica actual

Al recibir la invitación para este espacio tuve la tentación demoníaca de contar mi vida, de emular a los grandes, a Gabriel García Márquez, a Pablo Neruda y decir “Confieso que he vivido”. Hacer un itinerario de los trayectos y senderos recorridos en paralelo, o en la misma cancha que muchos de ustedes que han sido mis amigos y mis hermanos durante décadas. Pero luego me ruboricé y pensé que no era ese el camino que quería tomar. Decidí empezar por las antípodas, no por la memoria del pasado sino por la memoria del porvenir.

Estoy muy atrapado, muy poseído por un mundo actual –en lo local, lo regional y lo planetario– donde ocurren cosas que yo presumo que entendemos mal. Creo que hoy se transita un momento en el que hay una especie de *desapropiación de la historia*. Muchos de nosotros cuando fuimos jóvenes, pensábamos ser pequeños gestores de la historia, productores, protagonistas del mundo en que vivimos –además de ser producidos por él–. Y se observa hoy día una pasivización de nuestra condición ciudadana, estamos a merced de fuerzas que nos llevan y nos sacuden a distintos lugares sin que podamos tener un rol activo y protagónico, y no sé mucho sobre el cómo esto *se podrá* revertir. Voy a tomar este

* Publicado con la autorización de la [Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis](#), donde este artículo fue publicado originalmente en su número 19, año 2015.

^Ψ El trabajo es producto de una conferencia dada por el Dr. Marcelo Viñar en el espacio: “Dice lo suyo”, creado y coordinado por la comisión científica de la

SAP en el año 2015, presidida por el Dr. Rafael Paz. Su ordenamiento no representa fielmente al habido en la reunión, ya que el Dr. Viñar también responde preguntas del público y sus respuestas han sido incorporadas al texto. El trabajo de edición ha sido realizado por la Lic. Alicia Casullo y ha sido remitido al autor previamente a su publicación.



tema de cómo nos cambia un mundo que cambia y las muchísimas cosas a que esto alcanza, como eje central de lo que quiero decir hoy.

La experiencia y alegría de encontrarme con viejos amigos me enfrentó con la matinal experiencia del baño y del peinarse frente al espejo donde uno se da cuenta de cómo va envejeciendo. El espejo muestra, de manera fehaciente, el paso del tiempo. Y uno de los problemas que quiero compartir hoy es que la vejez, esta última etapa de la vida, es tan difícil como la adolescencia. Solía creer que uno levantaba vuelo y volaba con energía hasta el aterrizaje, pero se enfrentan desafíos inéditos en los modos de relacionarse con este mundo cambiante. Uno piensa que ya tiene cierta familiaridad con él, sin embargo, el paso del tiempo cambia los códigos, las coordenadas y para manejarse con ellos hay que renovarse, pero el cuerpo envejece de manera asidua y regular, disimétrica con el modo en que envejece la mente. Entonces a veces somos demasiado seniles y a veces demasiado adolescentes en este envejecer.

Cuerpo es el tema del próximo congreso de Fepal (Cartagena, septiembre 2016) y si uno presta atención a la percepción que tiene del cuerpo, observa que cambia en cada edad de la vida y se torna difícil en la vejez porque deja de ser objeto de apoyatura para transformarse en objeto de temor, de aprensión. Al imponernos limitaciones deja de ser esclavo o sirviente y pasa a ser nuestro amo. Esta esclavitud irrita, pone mal que el cuerpo no obedezca como antes, que se torne en fuente de malestar. Asimilar este cambio es un aprendizaje hacia el morir, pero eso no impide la curiosidad en la vejez, por eso se sigue bebiendo el agua fresca de los que nacen. La materia del cuerpo es la que se deteriora y a esto

hay que agregar que, en una cultura que cambia tan rápidamente como la nuestra, la finitud y la muerte son innombrables, no se les da cabida en el campo simbólico.

Koolhaas (1987)¹, del que voy a hablar en Cartagena, es un autor interesante que trabaja el tema cuerpo e inconciente y, en especial, el lugar de la “carne” como espejo revelador de la autoestima. Uno nunca se ve en el espejo de la misma manera. El rostro que nos devuelve el espejo es una base que denota el estado de ánimo. No importa si es consecuencia de la imagen, o si la imagen expresa lo anímico como cosa sustantiva. En el adolescente, por ejemplo, verse lindo o feo, atractivo o rechazado, es crucial de su autoestima, punto clave en esta etapa de la vida, realidad casi externa a la psiquis pero importante de explorar e interrogar ya que, muchas veces, es enigmática para el propio sujeto. Poder semiotizar estos temas exige acercarnos a la interdisciplina e incorporar en el psicoanálisis el mundo de la cultura actual, cuya aceleración implica un cambio en la producción de las subjetividades.

Hoy día las tasas de divorcialidad crecen en forma constante, las uniones no son sagradas, son consensuales. Si uno les pregunta a los jóvenes por qué no se casan, nos miran con cara de extrañeza. Este dato, que puede parecer insignificante o irrelevante, es elocuente de los cambios en la sensibilidad, en los códigos colectivos de convivencia, que hace que éstos sean muy distintos en la generación actual respecto de la generación precedente. La épica de la adaptación o la revuelta han sido desafíos de nuestra generación en la construcción de la singularidad personal y colectiva. Hoy día el referente: obedecer, transformar o destruir, está fragmentado y disperso. Ya no se habla de progreso. La revolución

¹ Gilberto Koolhaas: De origen holandés, doctorado en Leyden, vivió y se analizó en Montevideo. Fue uno de los 14 miembros que en 1955 firman el acta de fundación de lo que en 1961 sería la Asociación Psicoanalítica de Uruguay. Su obra se extiende entre 1952-1982. Hasta los años 70 trabaja integrando la teoría freudiana y kleiniana desde una visión fenomenológica (Husserl) y del análisis existencial, abriéndose a partir de esos años a incorporar la obra de Lacan. La obra se

recopila por iniciativa de Daniel Gil y Luz Porras. Dice de su obra Marcelo Viñar: “Muestra la relación con una teoría en movimiento y evolución, el trabajo de apropiación e interiorización al que todos los practicantes deberíamos estar obligados, quitándole a la noción de teoría fundadora el carácter monumentalista y sacralizante que puede destruir su vitalidad.”



informática implica un cambio civilizatorio. Vivimos en tiempo de frenesí, en un *vértigo civilizatorio* y por esto aconsejo a los psicoanalistas que **no** sólo lean psicoanálisis sino también a los pensadores contemporáneos. A mí me ha ayudado mucho la lectura de José Pedro Barrán, Manuel Castells, Zygmunt Bauman, Gilles Lipovetsky, Jean Baudrillard. trabajamos mucho con Ignacio Lewkowicz, prematuramente desaparecido, y confieso que, en la escucha clínica, me ayudan más estos pensadores de la contemporaneidad que los propios colegas. Es una de las cosas que quiero decir.

Como psicoanalistas, nuestro objeto de estudio es la causalidad fantasmática del inconciente, la constelación edípica, los puntos singulares de la identificación, la noción fundante de sujeto descentrado —una de las decantaciones básicas del descubrimiento freudiano— y desde ese lugar me pregunto: ¿cómo opera esto para orientarnos en la realidad y qué relaciones hay entre ese sujeto de la intimidad, al que vemos en el espacio artificial del consultorio, con el sujeto que pelea su vida en el vértigo civilizatorio de esta sociedad? Se le han dado varios rótulos a esta sociedad: de la caída de los discursos de legitimación (Lipovetsky, 2002), de la declinación de los referentes patriarcales (Legendre, 1994, Tort, 2005), de la de *Dios ha muerto* (Nietzsche, 1981), y esto nos lleva a pensar en ¿quién es el gran Otro de esta época?, como se plantea Dany-Robert Dufour (2007).

A raíz de esta pregunta decidí que, en lugar de contarles mi vida, intentemos jugar a darle respuesta —que no se elaborará ni en dos horas ni en dos años—. Me parece que en el corto rato que tenemos, espero hablar poco en el monólogo inicial, conversemos intentando abordar estas preguntas: ¿cómo nos cambia un mundo que cambia?, ¿qué tiene en común y en qué difiere nuestra práctica de la práctica freudiana?, ¿cómo se reactualiza o se reinventa el psicoanálisis para el tercer milenio?

Me irrita que los colegas se definan por filiación a un autor prestigioso: kleiniano, lacaniano, winnicotiano, laplancheano, como si uno pudiera pensar con la mente de otro. Si bien los modelos culturales y teóricos marcan nuestra práctica personal, hay algo que hay que decidir

adentro de uno y en soledad. Cada psicoanálisis, cada proceso terapéutico es singular, uno de los misterios del descubrimiento freudiano es que el psicoanálisis es una disciplina de lo singular, de la diversidad, de lo específico. En la clínica siempre apunto hacia el lado de la sorpresa, del asombro, que está en las antípodas de las regularidades observables. Pero esto no importa, lo recordé al verla a Adela (Leibovich de Duarte). Lo importante —sin desconocer que somos herederos del tesoro no solo freudiano sino pos freudiano— es que las teorías de la modernidad sólida, **no** se vuelvan obstáculo u opacidad para obtener una explicación más allá de lo estándar, que no impidan ver lo que puede haber de insólito, de inédito, en las sensibilidades actuales —que nos dejan tan perplejos.

¿Cómo se ha modificado el despertar de la sexualidad y el erotismo en los jóvenes de hoy, respecto de lo que fue en nuestra generación?, ¿cómo se han modificado las prohibiciones vigentes antaño? Antes, tal vez, había una fobia a la desfloración, ¿hay hoy algo así como un mandato a la iniciación sexual precoz? Mandato que tal vez puede ser saludable, pero pensemos si no somos nosotros quienes lo reivindicamos heroicamente como una bandera contra la hipocresía de la moral burguesa y religiosa... Se me hace muy difícil pensar en una sexualidad sin prohibiciones y sin límites, donde el vale todo diluye la conquista, el ritual, la poesía, la poiesis creativa que hay en un encuentro afectivo o erótico. Esta relación con la sexualidad, este vale todo que el historiador José Pedro Barrán (1989-1990, 2008) llamaba “El derecho a ser lo que se es”, afín a la noción de “modernidad líquida” que trabaja Zygmunt Bauman (2002), esta pretensión posmoderna de un sujeto no sujetado a parámetros colectivos, sino con el derecho ilimitado a “ser lo que se es”, es para mí una ilusión de omnipotencia que me parece encierra un engaño. Pienso que la prohibición, el límite al impulso, es tan necesario como que para beber agua es necesario el líquido, pero también algo que lo contenga, y que de no ser así no podemos beber ni disfrutar del agua, tenemos que lamerla como los perros. Hay ciertos modos del ejercicio del erotismo en los jóvenes de hoy que llevan a una animalización de la vida sexual, sin prohibiciones y sin límites.



También hay un porcentaje alto de adolescentes y jóvenes que ya no expresan el malestar y el conflicto como conflicto, sino con pasajes al acto (agresiones sociopáticas) o con pasajes al cuerpo (adicciones, trastornos alimentarios). No creo que haya nuevas patologías, no sé si las hay, y si las hay no me parece importante, lo que sí me importa son las formas de presentación de la angustia y el malestar en la clínica de hoy, la forma en la que comunican el padecer en la práctica clínica.

Antes era suficiente definirnos como especialistas en conflictos psíquicos, en los que reconocíamos ansiedades, defensas, resistencias y trabajábamos sobre ellas en un sujeto que se tomaba como novelista de sí mismo, que gustaba de alternar un tiempo de frenesí con tiempos de remanso y reflexión, que tenía alternancia entre tiempos transitivos y tiempos reflexivos. Hoy hay algo de la velocidad del tiempo social que se interioriza, donde el hablar y el hablarse no es equivalente a la búsqueda de interlocución, de encuentro. El despliegue de la secuencia narrativa está reemplazado por el acto o por una palabra explosiva, es un decir evacuativo, sin espesor, sin pausas ni esperas. Esto se ve mucho en el baile de los jóvenes. Bailan con los ojos cerrados y generalmente sin tocarse, salvo en la salsa colombiana, y queda ausente el diálogo de cuerpos entre el hombre y la mujer. Hay ciertos bailes en las discotecas de los jóvenes de hoy que se perciben casi como agitaciones hebefrénicas.

Con estas caricaturas estoy tratando de establecer la distancia entre las claves que antes organizaban el pensamiento de los jóvenes, respecto de las que lo hacen hoy día.

Hay hoy sin duda todo un arcoíris de jóvenes, y entre ellos encontramos aquéllos que nos dan sensación de continuidad con nuestro estilo y nuestras claves, con quienes la relación es muy fluida, pero también hay otros que se expresan en otro idioma, parten de otra definición, pertenecen a una cultura extraña, y a los que nombro con la expresión de un sociólogo amigo: “son jóvenes que hablan en videoclip”. Es un modo de decir, que traen a la sesión, que me desconcierta, me deja perplejo, es un decir que no concluye, no se redondea, son como fragmentos inconexos entre sí con los que intentan seducir y persuadir.

El síntoma ya no es un cuento quejoso sino descarga, palabra proyectil desvirtuada en su valor de tal. No hay novela familiar del neurótico sino un decir espasmódico, evacuativo, sucesión escénica, a veces caricaturesca.

Los rótulos que usa la psiquiatría de hoy para estos pasajes al acto, estas depositaciones en el cuerpo, estas conductas autodestructivas, son crisis de pánico, conductas de riesgo, juego con la muerte, anorexia, bulimia... Yo resumo todas estas patologías en la idea de *adelgazamiento, aplanamiento, incontinencia del espacio mental*. Es una descarga del malestar en la cultura donde el síntoma aparece en la palabra expulsiva, evacuativa o en el acto que descarga una ansiedad que al no ser contenida en el espacio mental, se coloca en el mundo externo –a través de una conducta sociopática–, o en el cuerpo, como en las enfermedades alimentarias y las toxicomanías, o en palabras evacuativas. En síntesis, hoy un conflicto psíquico puede no plantearse como tal y aparecer en actuaciones auto o heterodestructivas, con peligro de vida o de integridad física y psíquica.

¿Cómo restituir y cómo darle espesor a ese espacio mental? En mi clínica de este último tiempo esto ha sido un aprendizaje, con un índice de aciertos no menor al cincuenta por ciento. Lo cual parece una hazaña de cómo aprender lenguajes extraños, pero lo cierto es que ha aumentado la distancia entre los códigos culturales y las claves de funcionamiento mental en estas cinco generaciones: la mía y las precedentes –padres y abuelos– respecto de la de mis hijos y nietos. Esto nos obliga a estar alertas al usar nuestros conceptos claves. La idea de familia, de filiación, de sexualidad, de prohibición, de regla, de transgresión ha cambiado profunda y rápidamente en las últimas décadas. Para entender los códigos utilizados por los jóvenes de hoy tenemos que poner un cuidado muy especial en observar si atribuimos los mismos sentidos y la misma resonancia interna a ciertas palabras. Una quinceañera le decía a su mamá: “Mamá, no enténdes la diferencia entre coger y hacer el amor”. Podría dar cinco o seis ejemplos más de este tipo.

Quiero enfatizar algo crucial respecto de estos cambios: ¿cómo reinventamos nuestra función



psicoanalítica en la modernidad tardía? La relación del adolescente actual con la palabra es muy distante y distinta de la relación que los de mi generación teníamos con la palabra, quienes fuimos al análisis buscando tener un cuento, una pequeña novela acerca de nosotros mismos... Eso ya no importa, o no figura; la zona de malestar hay que ir descubriéndola o reinventando porque no aparece en esos términos. Y volviendo a las teorías, no dudo que somos herederos de un rico bagaje de autores de la modernidad sólida que debemos conocer. Solo digo que tenemos que estar abiertos a este cambio de la sensibilidad tanto en relación con la revolución sexual como con la revolución informática del *whatsapp*, el mensaje de texto y la pantalla, que a veces es un refugio, casi un mecanismo contrafóbico a la conversación y a la pérdida de ese espacio de diálogo que, por lo menos en mi vida fue muy decisivo.

Decir lo mío se puede resumir en una pregunta: ¿cómo repensar nuestra práctica y nuestra teorización en este mundo tan cambiante? Creo que hay elementos de la clínica de hoy día que –siendo totalmente respetuosos de la tradición psicoanalítica– nos obligan a reinventar en cada cronotopo, las coordenadas de la práctica y la reflexión psicoanalítica y creo, también, que estamos en un momento donde los viejos códigos no están perimidos, pero los nuevos códigos y los nuevos imaginarios colectivos todavía están crudos y en trance de definición. También ha cambiado, de tal forma, la relación entre lo público y lo privado, que refugiarse en la noción de mundo interno, de causalidad fantasmática como causalidad prínceps, es desconocer cómo el psiquismo de la gente de hoy y los imaginarios colectivos están atravesados por esta revolución de la cultura. Hace algunas décadas esa frontera organizaba el funcionamiento societario de un país, pero ahora sus límites están confusos, entreverados, y por consiguiente lo está el estatuto de confidencialidad y nuestra propia salida de la confidencialidad del consultorio –lugar de nuestro trabajo–. Esto también es problema grave.

Personalmente me preocupa mucho la noción de sujeto descentrado que usamos. Aunque ignoramos mucho del cómo se produce la transmisión psíquica entre generaciones –trabajo que

René Käs (1996) y otros enfatizan– y contra el kleinismo de cierta época, del análisis del énfasis del aquí y ahora conmigo, cada vez que trabajo trato de *escuchar con la otra oreja*, a ese sujeto que la sociedad considera “átomo”, desreferenciado de sus vínculos sociales y marcado por los códigos y claves de la familia y cultura que habita, que negocia su mundo pulsional e identificatorio, sus angustias y anhelos, en ese mundo relacional que configura la sociedad y la cultura de su tiempo, con la pretensión de producir un sujeto autárquico: “Yo soy quien soy yo”. A mí me interesa el sujeto humano en un formato de cinco generaciones, una genealogía de abuelos, padres, hijos y nietos, un estructurar nuestro modo de ser y de hacer, en este corto tránsito por la vida, a través de lo que heredamos y de lo que damos a heredar. Este sujeto que se formatea a través de cinco generaciones resulta decisivo y de una actualidad candente, porque en la patología del acto, en el pasaje al cuerpo, o en la vida en crisis, algo ha fallado de esa historia de cinco generaciones, de ese estar en sumisión o en rebeldía de nuestros ancestros, en combate o en acuerdo con nuestros descendientes. Todos estos son hitos del lazo social, del vínculo social que define lo sustantivo de la construcción del psiquismo. Parto de la idea de que somos sujetos en relación, de que el entorno humano nos formatea, nos delimita, nos dibuja de cierta manera, que el estrato de lo grupal que define los grupos de pertenencia, lealtad y filiación es decisivo en la singularidad de un sujeto. La noción de autonomía, o de autarquía aplicada a un sujeto encierra cierta mentira, porque la singularidad del sujeto siempre está hecha de marcas que vienen de los seres significativos, que **no** están allí, como el pan que uno compra en la panadería, sino que se buscan y se escogen, y a los que hay que conjugar en la trinidad freudiana del complejo de Edipo, de la violencia parricida e incestuosa y también pensar



en la crítica que Marc Bloch² le hacía a Freud acerca de que los hombres se parecen más a sus tiempos que a sus padres.

Se observa con claridad que en este mundo vertiginoso *tiende a extinguirse la tensión del conflicto transgeneracional* y con ello los acuerdos y desacuerdos que se producen entre padres a hijos en la sucesión de generaciones. Yo, que en otros sentidos soy un acérrimo pacifista, en éste postulo como ideal que se reanude la guerra intergeneracional, que los que somos adultos, viejos o veteranos, no seniles, debemos sostener nuestras creencias, valores y perfiles de sensibilidad y no ir a un mimetismo seductor y demagógico con el *juvenilismo* que surge como parte de este proceso que los sociólogos han llamado “derrumbe del orden patriarcal”, una de las características que funda la sociedad del siglo XX, y al que yo prefiero denominar *siglo de la emancipación de la mujer*, separándolo de una historia de sociedades androcéntricas. No por demagogia con las mujeres, creo que somos muy distintos, pero no en subordinación. Apoyo la igualdad en derechos y oportunidades, no en sensibilidad. Detectar qué es ser hombre y qué es ser mujer es una pregunta tan ineludible en el mundo de hoy como en el mundo de antes.

En la construcción del sujeto en relación, del sujeto a través de la definición de sus grupos de pertenencia, de sus grupos de filiación, de ese algo que media entre la dicotomía del sujeto interior y lo societario, creo necesario jerarquizar la dimensión que ocupan los otros significativos y los conjuntos transubjetivos, que Freud (1979[1921]), en sus libros socioantropológicos, llama *almas colectivas*. Este es un aspecto del mundo de hoy necesario de reformular, porque ante el derrumbe del gran otro de referencia se

crea, a decir de Dufour (2007) y yo suscribo, la necesidad de esa *grupalidad transubjetiva* que nos constituye como sujeto descentrado. Lo importante a destacar es que esas *pequeñas redes ternarias* pueden ser saludables o perniciosas en la definición de un perfil. Es saludable aquella grupalidad que se interioriza en los grupos de filiación que nos nutren y nos enriquecen, y es pernicioso la que se forma como sustitutiva de la falta de ese soporte colectivo a nuestro hacer interior, porque es en esa falta donde pasan a funcionar los grupos protésicos, como son las pandillas, las maras, las religiones sincréticas, los partidos fundamentalistas, algo a lo que estamos asistiendo en este momento social.

A falta de un otro de referencia *necesitamos constituir núcleos de filiación*. Históricamente, el primer gran otro fue el Olimpo, después Dios, más adelante la revolución, posteriormente el pueblo, y hoy, ante la carencia de estos puntos de referencia –del Dios ha muerto–, toman importancia, como condición de estructuración psíquica y salud mental, los niveles de grupalidad que ofrecen una definición filiatoria. Si estos grupos faltan otros los sustituyen, y ahí aparecen estos otros monstruosos como son las maras en El Salvador y Guatemala, las pandillas del tráfico en Río de Janeiro, las matanzas atroces en las instituciones educativas de Estados Unidos, todos ellos expresión de la disfunción societaria intergeneracional.

Esta grupalidad subjetivante es decisiva en la vida de los adolescentes actuales. El “dime con quién andas y te diré quién eres”, esas distintas formas de agrupación, son constitutivas de nuestro modo de pensar y decisivas en la producción del sujeto. Pensar que el hombre se puede constituir de modo aislado es una mentira radical.

² Si bien no se encontró la referencia bibliográfica de la crítica de Bloch a Freud sí se puede referir a su *Introducción a la historia*, (1982[1944]). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Breviario 64. En las pp. 31-32 dice: “un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento. [...] Ya lo dijo el proverbio árabe antes que nosotros. «Los hombres se parecen más a sus tiempos que a sus padres». El estudio del pasado se ha

desacreditado en ocasiones por haber olvidado esta muestra de la sabiduría oriental.”

El manuscrito de este libro fue recuperado por Lucien Febvre, a quien estaba dedicado. Bloch fue tomado prisionero por los alemanes en la segunda guerra mundial y fusilado cerca de Lyon en 1944 a los 58 años.



Privilegio la construcción cultural sobre la fijeza biológica. En un proceso de subjetivación, de institucionalización y de reconocimiento de un sujeto humano, lo determinante es la relación. Intensifico el carácter relacional de la experiencia de producción de un sujeto, desde siempre y para siempre. Ese espacio relacional íntimo, donde se comparten e intercambian experiencias, donde se tejen amores, conflictos y rencores, es un ingrediente básico de la humanización.

Pensemos en las situaciones resultantes de la falta de este diálogo, típico de una sociedad vertiginosa y en la necesidad de cubrir este espacio de diálogo con trabajo social como prevención primaria. En lo político, antes primaban las diferencias, ahora éstas se reemplazan por el carisma de los líderes. La definición pasa por el caudillo y no por el programa. Este modo de relación con ese *gran otro* de referencia me parece indicador de algo a trabajar. La constitución de los valores e ideales requiere confrontar con los jóvenes, hay un *juvenilismo* admirativo que provoca un repliegue, un deslumbre en la cosmética y en la inmortalidad. Castells (1997) tiene páginas muy valiosas sobre el sentimiento de finitud, del fin de la vida –uno de los grandes ausentes del mundo posmoderno. La desaparición de la idea de finitud puede ser un rasgo decisivo en la formulación de nuestros ideales y en nuestros modos de hacer clínica. Oigo ahí una alarma a la que hay que prestar atención y sobre la cual reflexionar, lo inaceptable de la muerte tiene que aceptarse, es un trabajo a hacer.

Hay mucho para trabajar con los marginados y excluidos que creó esta misma sociedad. Los *Grupos de palabra* con jóvenes marginados, realizados en instituciones correccionales de Uruguay, es una experiencia que lleva más de una década. Se lleva a cabo en el marco del *Concejo del niño*, con los niños sin familia, niños de la calle, condenados por vagancia o por infracción. Los llamamos “niños fuera de la ley”, no por los actos antisociales que cometieron, sino porque en ellos no se respeta la ley antropológica que establece la necesidad de existencia de figuras protectoras en la familia y en la escuela, figuras que los constituyan en ese tránsito en el que, forzada la nomenclatura freudiana, el niño pasa de ser el perverso

polimorfo, al supuesto ser civilizado que somos los aquí presentes.

La finalidad del *Grupo de palabra* es ofrecerles un espacio de producción de psiquismo a través de la palabra, un espacio de habla y de escucha, un espacio de uso de la herramienta psicoanalítica. *Para que haya habla tiene que haber escucha*, es decisivo que para que alguien pueda hablar, se necesita que haya otro que lo escuche. Esa es la palabra subjetivante y tenerla es indispensable desde el nacimiento y hasta la vejez, es una necesidad tan esencial como el alimento o el techo. La presencia de un otro significativo es un ingrediente indispensable para la salud mental. Tener un otro significativo que escuche, que dé identidad, es un sostén indispensable de proveer en las instituciones de reparación de la infancia infractora. En estas instituciones, la creación de un espacio de palabra permite elaborar las ansiedades paranoides que surgen en el encuentro: ¿para qué vamos?, ¿quiénes somos?, ¿qué queremos de ellos?, ¿los vamos a denunciar? y debe perdurar hasta que puedan decir “cómo voy a integrarme en el mundo, si mi madre no me quiso”, para luego reflexionar sobre el exhibicionismo de ser héroes de películas capaces de las maldades más estruendosas. La finalidad es crear un grupo que, de un modo un poco artificial y protésico, genere un núcleo de pertenencia, una noción de hogar sustitutivo, el orgullo de ser, del pertenecer a tal institución, hasta poder construir un espacio relacional íntimo que alcance tanta fuerza como mi orgullo de ser Viñar, hijo de Marcos y de Berta. Llenar ese vacío, ese hueco de ser hijo de nadie, permite crear tesoros significantes en la producción del sujeto –lo que nuevamente remite a la importancia de la historia genealógica en cinco generaciones–.

Colocándome en el lugar de juez de los doce mil psicoanalistas que hay en el planeta, creo necesario clasificarlos en dos grupos, aquellos que se encierran en el consultorio y los que necesitan



salir de ese encierro. Serge Leclaire³ hablaba de que uno de los peligros de nuestra profesión era la toxicomanía del encierro, el vivir la vida con el 'culo' pegado a un sillón y con un diván al costado, trabajando desde las ocho de la mañana. Personalmente pienso que el psicoanálisis es una segunda vocación, primero uno necesita tener un perfil identitario social conciente, más o menos claro, o más o menos contradictorio, pero bien dibujado, recién después podrá generar la otra escena, *la escena del descentramiento*. Si uno está descentrado de 'una nada', no sabe dónde está. Creo necesario para los psicoanalistas el psicoanálisis extramuros, el psicoanálisis aplicado a lo social. Sin esta experiencia social uno termina buscando la causalidad fantasmática en todo el mundo y la causa príncipes será siempre el conflicto edípico con papá y mamá.

Previamente a la adopción de la profesión de psicoanalista uno tiene que inventar un otro quehacer, un otro foco de interés que no sea el inconciente freudiano. Jean-Paul Valabrega⁴ decía que la escena del inconciente debía ser una segunda vocación y nunca estar en primer plano. La salida a lo social –como puede ser el trabajo de Grupo de palabra–, es una experiencia necesaria. Tomar contacto con grupos sociales con necesidades múltiples insatisfechas, salir de la tribu de gente 'como uno' y experimentar el trabajo con la alteridad de otros seres humanos diferentes y vivenciar la alteración que esa alteridad distinta nos produce, es un ingrediente capital en el perfil de la identidad psicoanalítica. El psicoanalista que vive encerrado en una tribu homogénea de gente como uno se pierde algo de la diversidad del mundo y se empobrece en su comprensión de lo humano.

La idea decisiva del otro significativo ha partido de la noción de sincretismo de Bleger⁵ referida a la prematuridad al nacer, que configura ese bebe fetal extrauterino del primer año de vida,

producido y configurado por su entorno. El sujeto se construye en la relación con su ambiente familiar. La noción de sincretismo Bleger la toma de Henry Wallon (2000) y parte de la indiferenciación yo/no-yo. Hay una coalescencia de un mundo que Bleger llama de sincretismo donde cuerpo, mente y mundo externo habitan el mismo espacio de sentido, un sentido precario y difícil de imaginar, pero es un universo ptolemeico a partir del cual somos desde la mirada de los otros que existen desde antes que podamos autodesignarnos como 'yo soy yo'.

La importancia del otro significativo varía a lo largo de la vida, es crucial en el primer año de vida y también indispensable en los primeros años, pero sigue siendo importante hasta el final de la vida. Ese pensamiento de sujeto en relación, donde el hombre es productor de mundo y de sentido, pero producido por los sentidos que él mismo acoge como límite a su modo de existir, tiene algunos puntos de decantación en las figuras de la genealogía personal. Considero a abuelos y padres, no en el sentido biológico o genético, ni siquiera biográfico, sino en el lugar que desempeñan los ancestros en la construcción de universos de sentido: ellos constituyen, realmente, un tesoro de significantes.

Nos construimos en concordancia o en oposición a esa figura significativa, en una confrontación imaginaria, en una rivalidad donde el drama edípico y el cruce de caminos en Delfos es un momento significativo. Eso de que necesitamos inventar un padre al que imitar y al que oponernos, un padre al que admirar y al que combatir, un padre que nos llena de amor y de resentimiento me parece una de las intuiciones geniales de Freud. Todos esos son momentos dialécticos de lo que llamo *tesoro de significantes* de los ancestros, que no tiene ninguna congruencia con la infancia que vivimos. La infancia que evocamos no es la infancia que vivimos –como historia

³ No se encontró referencia bibliográfica.

⁴ Idem nota 3.

⁵ La idea de sincretismo, relación sincrética, así como la de sociabilidad sincrética, como opuesta a la sociabilidad por interacción, inclusive la idea de núcleo

aglutinado, también asociada con este concepto, recorre toda la obra de Bleger, por lo que no se especifica ninguna referencia bibliográfica particular.



positiva–, sino la infancia que temimos, la infancia que soñamos, la infancia donde los recuerdos son encubridores, distorsionados, pero necesarios para la construcción de esa ficción de un sí mismo menos aprensivo, plataforma de base sobre la que uno construye el *quién soy*.

Otro de los desafíos con el que se encuentra el psicoanálisis actual surge como consecuencia del hiperdesarrollo del mundo mediático, donde la realidad se entiende como simulacro y la historia no existe, como dice Baudrillard (2000), ese vivir en mundos ficcionales y de búsqueda de sentido, donde la apoyatura material de una verdad es siempre provisoria y tenue. Antes creíamos saber dónde estaba el bien, la creación del ideal de hombre nuevo del futuro engañó, saludablemente, a los de mi generación, durante las décadas más recónditas de nuestra vida. Hoy el porvenir parece mucho más amenazante y lúgubre. Antes pensábamos en un porvenir radiante, hoy pensamos en un porvenir inquietante. Me refiero a fantasías colectivas compartidas. Es decir que la noción de progreso y de barbarie reformula a los hombres. Uno, que tiene el padre fundador como referente, se imagina el inmenso dolor que Freud habrá sentido desde que dejó Viena, hasta que murió en Londres, pensando en la eutanasia de un nazismo rampante y él dejando su familia extensa para ser cocinada en los hornos. Debe haber sido terrible como experiencia interior. Me pregunto si mi visión inquietante del futuro no es una confusión entre el estado del mundo con mi propio estado interno, pero pienso que la impregnación mediática de este mundo –del agotamiento de los combustibles fósiles, del cambio climático, de la falta de agua potable... temas inquietantes y constantes– nos obliga a cuestionarnos acerca del ¿cómo se incorporan en la actualidad la experiencia de la intimidad que trabajamos en el análisis, la noción de malestar en la cultura, la permeabilidad necesaria para que se instale un imaginario colectivo? Creo que hay posibilidad de revertir esa idea de porvenir amenazante con la gratificación de uno cuando ve nacer a los nietos propios o de los amigos, ya que ahí se recupera la idea de átomo en la sucesión de generaciones, pero sin embargo pienso que es otra inquietud necesaria de trabajar.

Un desafío de las instituciones psicoanalíticas es incorporar la interdisciplina. Sé que esto no es una novedad, pero la insistencia y la persistencia de compartir los espacios psicoanalíticos con tribus colindantes y vecinas, para escuchar su versión de cómo perciben los emergentes sociales del racismo, el crecimiento de la inseguridad ciudadana, la violencia... y escuchar otra perspectiva que no sea la psicoanalítica, me parece crucial. Todos recordamos momentos institucionales muy dogmáticos en donde el tema “esto es psicoanálisis, y esto no es psicoanálisis” funcionaba con pautas de fundamentalismo religioso. El cambio no se ha dado solo en las instituciones psicoanalíticas. Muchísimas disciplinas que hace medio siglo definían un territorio preciso de su método y de su objeto de estudio, hoy funcionan con criterio de paradigmas complejos multicausales y aceptación de espacios de lo incognoscible y de incertidumbre aumentados. Nosotros –y en esto no puedo más que hablar en plural–, además de las reuniones psicoanalíticas internas, hacemos reuniones de psicoanálisis en diálogo con historiadores, educadores, sociólogos. El diálogo interdisciplinario está en expansión y es para bien. La noción de multicausalidad y de interface entre disciplinas para aproximarse a una realidad –que en el fondo nos deja un agujero de ignorancia–, es un cambio epistemológico decisivo de las últimas décadas. Creo que hay que tener cuidado del encierro intragrupal. El crecimiento de la urbe obliga a que cada vez los hombres estemos menos en contacto. Una cosa que me marcó en mi vida fue la escuela pública. Todos íbamos a la misma escuela, cualquiera fuera el estatus social de los padres. Esto hoy se ha fragmentado, principalmente en salud y en educación. La escuela pública ha declinado en su relevancia y en su valor institucional y, en consecuencia, terminamos con ciudades cada vez más expandidas y al mismo tiempo más fragmentadas, y esto es una fuente objetiva de creación de violencia: el otro se percibe como desconocido, y en tanto tal, sospechoso.

Otro desafío en relación con las familias. “Soy amigo de mi hijo” es una frase tan terrible como actual. Es importante reflexionar en esta renuncia a las diferencias. No hay duda de que la



diferencia de generaciones y la diferencia de géneros son estructurantes del ser humano, pero hoy día estos dogmas fundadores están amenazados. Este es un tema en el que uno tiene que ser combatiente. Una cosa es cambiar un orden por otro nuevo y otra diferente es anular todo orden y generar el vale todo. Es una distinción que establece Levi Strauss (1984) para quien la dificultad en los cambios culturales es distinguir cuándo el cambio es una realidad simbólica de cierta complejidad que se reformula en otra de mayor complejidad o cuándo es simplemente una cosa deconstructiva y diferenciante.

El otro desafío es el tema que trajo Rafael Paz acerca de cómo transmitir transgeneracionalmente el pluralismo teórico, tema que merecería una reunión completa. No tengo la respuesta, pero me parece que uno de los retos fundamentales de los institutos de formación psicoanalítica es cómo acoger la riqueza de una herencia. Una herencia es siempre algo en falta o algo en exceso. El pasado nunca tiene un punto de equilibrio y de normalidad. Siempre, como decía Marx (1852), la tradición de todas las generaciones muertas oprimen como pesadilla la conciencia de los vivos –sobre todo en los momentos de crisis– y hay que mirar el porvenir; pero tampoco es posible refundarse desde la nada y desde el desprecio por la tradición. Como dice Hobsbawm (1998) uno de los dilemas del tercer milenio es este hecho de que nunca en la historia de la humanidad hubo un desdén tan grande sobre la tradición como el que existe actualmente. Pienso que la posición imposible del heredero es la de ser tironeado para darle cabida a la riqueza del pasado y que, al mismo tiempo, esta tensión **no**

sea obstáculo para pensar el presente y el porvenir. Como siempre los problemas imposibles los enfrentamos como podemos, adhiero a tu propuesta de seguir trabajando con las limitaciones y las falencias que tenemos los humanos para resolver los problemas imposibles.

Para terminar voy a hacerlo recordando partes de un texto que es para mí un caballito de batalla, me refiero a *El narrador* de Walter Benjamin (1936). El adelgazamiento del espacio mental es correlativo al empobrecimiento de la vida interior, ahí donde “el maravilloso pájaro del aburrimiento”, de la ensoñación, hace su lento trabajo de tejer la construcción de un sujeto y un proyecto de vida. El tiempo vivencial de hoy parece comprimirse en las experiencias presentes sin dejar lugar para el ayer y el mañana. Prima lo efímero. Pero la memoria del psicoanálisis remite a la percepción del devenir, del tiempo, de aquello que sigue siendo relación y eventual causalidad entre pasado, presente y porvenir. *El narrador* anuncia la hipótesis de “la desaparición de la comunidad de oyentes”. Aquí jerarquizamos la función del grupo como soporte de identidad y el lugar de los otros significativos, la importancia de la escucha, del compartir e intercambiar experiencias, todas condiciones indispensables en la convivencia humana. Con Walter Benjamin también pensamos que construir la propia historia es un derecho inalienable. Compartir vivencias, inscribir recuerdos es un legado de existencia. El enmudecimiento con el que volvían los soldados de la guerra, que él narra, nos muestra la relación inseparable de experiencia y relato. Solo hace experiencia lo que puede ser narrado, transmitido.



Referencias

- Barrán, J. P. (1989-1990). *Historia de la sensibilidad en Uruguay. La cultura bárbara (1800-1860)*, tomo 1. *El disciplinamiento (1860-1920)*, tomo 2. Montevideo: Banda Oriental.
- Barrán, J. P. (2008). *Intimidad, divorcio y nueva moral*. Montevideo: Banda Oriental.
- Baudrillard, J. (2000). *La ilusión vital*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Benjamin, W. (1991[1936]). *El narrador*. Madrid: Taurus.
- Bernardi, R. (2010). Nota sobre la obra de G. Koolhaas. A propósito de la recepción de las ideas de Lacan en el Río de la Plata. En *Revista uruguaya de psicoanálisis*. Vol. 111, pp. 87-102. En línea.
- Castells, M. (1997). La orilla de la eternidad: el tiempo atemporal. En: tomo 1, *La sociedad red. De La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza Editorial.
- Castells, M. (1998). Tomo 2 *El poder de la identidad. La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza editorial.
- Dufour, D. R. (2007). *El arte de reducir cabezas. Sobre la nueva servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1979[1921]). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas*. V. 18 (63-126). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hosbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Kaës, R. et.al. (1996). *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Koolhaas, G. (1982). *El cuerpo, el lenguaje, el inconciente*. Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (2 tomos).
- Legendre, P. (1994). El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre. México: Siglo Veintiuno.
- Levi Strauss (1984). *Antropología estructural*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lipovetsky, G. (2001). *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Buenos Aires: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2002). La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo. Buenos Aires: Anagrama.
- Marx, K. (2009[1852]). *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. España: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (1981). *La voluntad de poder*. Madrid: Edaf.
- Tort, M. (2005). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.
- Viñar, M. (2010). Comentario sobre el texto de Ricardo Bernardi. Nota sobre la obra de G. Koolhaas. A propósito de la recepción de las ideas de Lacan en el Río de la Plata. En *Revista uruguaya de psicoanálisis*. Vol. 111, pp.103-105. En línea.
- Viñar, M. (2015). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Buenos Aires: Noveduc.
- Wallon, H. (2000). *La evolución psicológica del niño*. Buenos Aires: Crítica.

